

las de Patience Worth—que se dicen reveladas—circulan profusamente. Un periódico estadounidense declara que libreros y bibliotecarios confiesan que la espírita, es la literatura predilecta de la postguerra. Pero el público ya no quiere manuales de vulgarización, ni obras anónimas, sino leer a los autores famosos y los libros fundamentales. Las revistas de estudios psíquicos publican muchos relatos como el del «Camarada Blanco» y refieren numerosos casos de conversión y de entusiasmo tan notables como el del doctor Conan Doyle. Es la presente, pues, la hora propicia a libros como el de Adolfo Agorio, quien dice del suyo: «que ha sido vivido hondamente, alimentado con el aliento de las reencarnaciones, dictado por la experiencia de otra vida».

Comprende tres narraciones: «La Rishi Abura», «Los Perros Blancos»

y «El Pontón encallado». Avivan el recuerdo de Poe y arrastran hacia el dominio de las «fuerzas extrañas», donde el destino trastorna con un leve soplo las realidades y desangra el corazón, dejándolo herido con mordedura de serpiente cuyo veneno destruye todo el sustento moral y filosófico de nuestra ordinaria vida. Es un libro que lleva al país de sombras, a través de almas, desiertos y mares, pero que, sin embargo, encallado en los problemas de la subconciencia, no logra descubrirnos los ámbitos de la visión astral. Con otro estilo, saturado del interno perfume de inquietud clarividente que ablanda las palabras y las torna aéreas, este libro sería por la forma, como es por el propósito y la concepción: sugerente, bello, vigoroso.

O. D.

LA VIDA RETIRADA

(IMPRESIONES DE UN ESTUDIANTE)

HASTA mi ventana se alza el vaho sutilísimo desprendido de las piedras de las casas, del suelo, por las refrescantes gotas de los primeros aguaceros de abril. Hay un trinar de pájaros felices; frente de la casa, resguardándose, unos niños endulzan la paz de la tarde de lluvia con las escalas cromáticas de sus risas; pero por sobre todos los ruidos y en todos los ruidos, llega el haz cristalino que producen las gotas al colarse por la ventana. Es la paz... No me pesa en el corazón ninguna duda, ningún cruel remordimiento, ninguna inquietud... Alzo entonces la vista un poco y veo el jardín. ¡Cómo tiemblan las rosas, cómo se regocijan los geranios color de rubí con la caricia inefable del agua que cae! El limonero, el aguacatero, los demás árboles, destilan líquidos brillantes y por sus ramas bajan torrentes de dicha! Esta no es la lluvia monótona y triste del medio del invierno; esta es la lluvia clara, alegre, lluvia infantil, mil veces bendita, que sigue a los fastidiosos días de nuestro verano tropical. Lluvia que vienes a traer la vida y la paz sobre la tierra, bienvenida! Quedan las plantas limpias y pulidas; la tierra emana dulce emanación y de nuevo florecen los rosales, los limoneros, los lirios... Ya lo dije, es el nuncio de la paz...

La paz! meditemos sobre la paz. Es la paz de la Naturaleza, la paz de la casa solariega, dulce paz campesina... En este momento aparece Fray Luis en mi visión como un símbolo y de mi mente brotan los versos dulces como la miel:

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡oh secreto seguro deleitoso!
roto casi el navío
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

y desfila ante mi vista el cuadro completo, tantas veces descrito, pero jamás tan magistral, tan sobrio, tan humanamente... ¿Dónde lo compuso Fray Luis? ¿A qué hora lo hizo? Para imaginarlo vuelvo a evocar la armonía y uno el ritmo del verso con el ritmo del agua.

ALLÁ, en un monte siempre verde, surcado por veredas, cortado por el paso de murmuradores arroyos, en el jardín de la rústica casa de corredor de teja rosada como la ilusión y de ventanas enrejadas, se halla un anciano fraile, pequeño, de pelo blanco y de piel que ya no es tan blanca como transparente. Ligeramente inclinada la cabeza, se acaricia la barbilla bien afeitada y fina con la mano izquierda mientras que con la derecha sostiene un cuaderno brevísimo. El crucifijo de plata blanquea en el fondo negro de la sotana como si fuera el corazón, corazón blanco! Cuánta luz en los ojos, cuánta nobleza en los rasgos, cuánta armonía en esa vida que reposa sobre el taburete de cuero, bajo los árboles del huerto. Y aunque humilde pareciera, es un Príncipe, Príncipe de la Belleza.

Es la del alba. Se precisan los colores, se despiertan los ruidos; a Dios gracias hasta aquí no llegan los afanes de las ciudades y se puede soñar, se puede vivir. Tras de la tapia de ado-

bes asoman sus curiosas copas los duraznos en flor, los almendros de los campos de Castilla y a lo lejos, hasta donde alcanza la vista, la inmensa llanura florecida—porque es la primavera—trueca el glauco del amanecer por el verde brillante que la viste. Esperanza cierta del fruto que plantó nuestra mano y cuidó nuestro cariño... Jardín en el huerto, jardín en el campo dilatado, jardín sobre todo en el corazón optimista y bueno que sabe comprender!

De pronto los árboles son agitados levemente por la brisa; Fray Luis alza la cabeza, toma la pluma entintada y escribe;

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menean
con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Allá, en la hondonada por donde

Una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura

una vaca tañe su lira monocorde llamando a su recentel. Y las mil actividades eglógicas del Siglo XVI no impiden que Fray Luis continúe su canción:

A la sombra tendido
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.

Luego se signa para dar gracias a Dios, pone arenilla sobre los renglones sangrantes aún, y se retira, con la ligereza de un mancebo a los veinte años, a rezar los maitines.

SALVADOR UMAÑA

Escuela Normal de Costa Rica, abril de 1917.

Costa Rica en el exterior

BOCACCESCA.—J. F. Garnier.—San José de Costa Rica, 1919.

La última producción de José Fabio Garnier, apreciable autor teatral y crítico literario de la nueva generación costarricense, de quien he tenido el placer de leer excelentes trabajos, es una historia sumamente interesante, irreprochablemente escrita, que nos cuenta su autor con un lenguaje apropiado a la índole de la obra. Se revela Garnier en este libro un amenísimo narrador de gran talento, y que a no dudarlo nos ha de brindar en el futuro producciones de mayor importancia que la comentada, agradabilísima historieta esta que algunos espíritus plenos de prejuicios censurarán por inmoral y que yo aplaudo porque la conceptúo una creación artística y porque lo menos que me preocupa en una obra de arte es el mayor o menor grado de moralidad de la misma, como pienso con el perillustre Herrera y Reissig que la moral en el arte es un punto de vista; que el arte no está obligado a ser cátedra evangélica y que la Belleza es por sí sola y se produce sin condición.

R. MARTÍNEZ SOLIMÁN